

Libro Tercero.

EN QUE CONTINÚA LA VIDA

LIBRO TERCERO

EN QUE CONTINÚA LA VIDA

I

Juan Dayel, consumido pausada y silenciosamente el almuerzo, meditaba. La madre Machet, respetuosa ante aquel recogimiento, y acobardada por la frialdad que él mostraba desde la víspera para evitar comadreos, le había servido discretamente, sin despegar los labios. Juan había comprado periódicos, y los iba desdoblando, maquinalmente, uno tras otro, recorriendo sus columnas sin llegar á penetrar un solo pensamiento, sin leer más que con los ojos las frases y palabras que danzaban en su cerebro zarabandas locas (— *locas*, — repetía él), vacías de sentido.

Leía ó procuraba leer, curioso de saber los últimos acontecimientos, de reanudar la vida. Ciertas frases le recordaban cosas que él había visto (— mucho tiempo atrás — pensaba), las periódicas fases de la vida parisiense, las mismas, casi idénticas, á cada estación, placeres en los cuales se había mezclado en otro tiempo, funciones teatrales en que debía haber desempeñado un papel, alegrando la vida propia ó la ajena. Nombres de antiguos amigos, de compañeros del arte, pasaban escoltados de benévolas alabanzas ó de epítetos guasones.

Y se preguntaba quién lo había reemplazado en la Ópera aquel año. ¡ Algún rival, sin duda! Después de todo, ¿ qué le importaba? Un « eco » anunciaba la aparición de un libro de otro compañero, un muchacho joven á quien él había conocido de oscuro-cancionista, componiendo romanzas insulsas que firmaba con seudónimo. Otros continuaban haciendo su obra, ó gozando los resultados de sus tareas. Algunos, entre los nuevos, vibraban de esperanza, como él mismo en otro tiempo, palpitaban pensando en el triunfo posible, ó en el fracaso que los volvería á hundir en la oscuridad por algún tiempo, quizás para siempre. También él había luchado como aquéllos y otros muchos, ya triunfantes y poderosos, había pasado por aquellos trances, había sentido latir su corazón la víspera de la batalla, jadeando de impaciencia,

fluctuando entre la esperanza y el temor ante la terrible alternativa.

Entre los que él conocía, algunos habían subido algunos peldaños, en su ausencia; otros, por el contrario, se habían quedado atrás, dejándose adelantar por otros más fuertes. Quizás alguno había muerto: él había estado loco.

El Siglo XX, el periódico que, organizado por Claudio Bassac, sobrevivía al trágico fin de su fundador, decía en la sección de teatros: « El drama tan impacientemente esperado de Roberto Antoc, *La Waina*, ha empezado ayer á ensayarse en el Odeón. El estreno se verificará con seguridad en el trascurso del próximo noviembre. En ausencia del poeta, uno de sus buenos amigos, y además querido compañero nuestro, se encargará de dirigir los preparativos para la representación de esta obra, destinada sin duda á obtener el mismo éxito que las anteriores. » Otro periódico, *El Scapin*, órgano de la vida galante y ruidosa, reproducía la noticia pero en otra forma, comentándola humorísticamente. El suelto terminaba en punto, con un juego de vocablos en que el ingenioso revistero había introducido el nombre del músico á manera de chiste picante.

Así, aquella obra, sobre la cual tantos nobles proyectos y tantas alegrías futuras se habían fundado, meses atrás; que, ideal feliz, había despertado tantas y tan altas ambiciones, estaba para

subir á la escena, y bien pronto iba á valer á su autor un nuevo triunfo. Y para él, el burlado y escarnecido por la muchedumbre, siempre gozosa en insultar una desgracia; para él blanco de tradicional mofa, sería únicamente una ocasión más de recordar sus proyectos de colaboración, prematuramente anunciada, y de servir de risa, con sus íntimas heridas y su avivado dolor. Aquella era la obra á que él debía haber unido su nombre, de la cual esperaba la gloria definitiva quizás, en la que había dejado, antes de enloquecer, parte de su propia alma. Había sido un cebo aquella esperanza. Ahora veía claro, comprendía el móvil de Antoc, lo premeditado de su traición de largo atrás calculada; el traidor le había fascinado con el espejismo de la colaboración, sólo para acercarse á Marta, á su querida Marta, á su mujer, que él le había robado.

Era una nueva ofensa á su personalidad de artista: porque en aquel tiempo pasado, nada, en las aduladoras y engañosas palabras del poeta, se había dirigido al músico; iban sólo dirigidas al marido, al eterno ridículo, al burlado de ayer, de hoy, de mañana.

Tiró los periódicos, furioso, sintiendo reardar en su interior alocadas iras. Se indignaba contra sí mismo por aquella curiosidad en buscar recuerdos de lo que había sido antes; se acusaba de estúpida

vanidad. Se reprochó el haber querido mirar de nuevo á la vida y mezclarse á ella, él de quien la existencia se había burlado hasta privarle largo tiempo de la propia alma.

« ¡ Su alma! Era para que sufriera aún penas más angustiosas, para lo que le había sido devuelta. » Aquellas palabras concernientes á él, aquellas frases indiferentes ó cruelmente burlonas que acababa de leer, y que habían hecho volver á sangrar su reabierta herida, retiñían en sus oídos como una canción importuna oída en la calle, en un día de sufrimiento, y que como un acompañamiento obsesivo, del que no puede uno librarse, recuerda la causa del dolor, cada vez que éste se renueva.

Acodado en aquella ventana, que tantas veces había encuadrado la fina silueta de Marta, la amada de otro tiempo, Juan Dayel revivía las escenas de un larga carrera de dicha y de pasión. Por su cerebro iban desfilando, como serie de grabados que ilustran un libro, risueñas imágenes, impregnadas de la punzante melancolía de las alegrías muertas.

Ya que había desertado durante un año de la vida común, quería continuar solitario algún tiempo, y evitar encuentros y miradas curiosas que furtivamente trataran de estudiar su fisonomía, casi infantil otra vez, y descubrir en ella las huellas de sus tormentos.

Quizás le creían aún demente; era un desaparecido, un ser pasado, que ya no podía interesar sino á los escritores festivos y fabricantes de chistes. Aun para esto era necesario que el azar de la actualidad pasajera volviera á sacar á luz su nombre. Él, tan interesado en otro tiempo en las alegrías y dolores de la muchedumbre, él, el enamorado, el cancionero de los humildes, el artista que los regalaba á la vez con sus versos y con las melodías con que los interpretaba, él ahora odiaba á esta muchedumbre, en la que no veía sino ojos burlones, ávidos de saciarse en su tormento. La gente se divertiría en grande con la cruel anécdota: tal era el gusto del público, y para satisfacerlo, esgrimíanse á porfía las plumas de los periódicos aprovechando la menor ocasión para esparcir risas y sonrisas, que compensasen el llanto.

Juan Dayel veía, por aquella breve lectura, cómo se fabrican en París las opiniones para pasto de la gran masa carneril. Basta que cualquiera dé la señal diciendo: esto hay que pensar, ó mejor que sepa resumir los instintos de todos en su pomposa y baja vulgaridad de alma, para que inmediatamente fluya la baba del espíritu, la calumnia; tan cobarde y mal nacida como el escarnio.

Roberto Antoc sería celebrado, no tanto por el talento desplegado en su drama, cuanto por la publicidad de su aventura; de su villanía. Pero

« villanía » era poco. De su crimen de amor. *De su crimen*, simplemente.

No se guardaría ningún rencor á Roberto Antoc. Era un símbolo de la fuerza, resumía en sus fantochadas las granujerías secretas, la destreza de escamoteador que se necesita para seducir al pueblo. Sabía hacer reír las cabezas de la hidra, en mil contorsiones grotescas de ruín alegría.

Era su instinto de comediante, lo que había hecho á Antoc popular, eso y su retórica de relumbrón, á propósito para encandilar y fascinar con las brillantes facetas de su falsa pedrería, las miradas de todos.

¡Cómo le odiaba ahora Dayel con toda su impotencia para vengarse de tantos dolores, con que había fabricado el otro su celebridad! Resumía todas las ruindades, todos los bajos apetitos indómitos, en su alma vacía que hábilmente disfranzaba, presentándola á través de un prisma de seductores matices.

Como en sus grandes tristezas de otro tiempo, se sentó Dayel, ya más calmado, al piano que, maquinalmente, ahora como entonces, acababa de abrir. Largo rato estuvo esparciendo, como bálsamo bienhechor de sus pensamientos, ondas de melodía, en que pasaban, armonizadas, reminiscencias que ningún editor reconociera. Volvieron á su memoria versos que le habían gustado por su

verdad sencilla, por su dulzura modulada en claras estrofas, en que la esperanza renacía de muertos dolores, gérmenes de nuevas alegrías tanto más vivas y amadas, cuanto más intensas habían sido las pasadas tristezas.

Á medida que se desgranaban las estrofas de esta canción de otoño, Dayel sentía volver la calma á su fatigado cerebro. Era bien verdad, la frase con que la vieja paisana le había recibido; frase inconsciente y profundamente filosófica que encerraba todas las alegrías y todas las penas: « Pobre señor, todo acaba y todo vuelve á empezar. » Verdad también el pensamiento de un poeta provenzal: « Quien canta su mal encanta. » Sí; la madre Machet, sin saberlo, había expresado sintéticamente el secreto de las fases sucesivas de las sociedades humanas, la lenta caída del tiempo con sus tristezas, sus placeres, sus entusiasmos, sus ilusiones, huidas y vueltas á aparecer; la vida.

Sin embargo, él no quería volverse á aventurar en la lucha, á lo menos por el momento. París, las antiguas relaciones, los lugares que había atravesado con Marta, la grácil rubia, radiantes ambos de felicidad y de verdadero amor, le asustaban.

Pero iría á buscar á su hija, la niña de nieve y rosa, de la frente nimbada de oro fino, de los ojos profundos, luminosos y claros; la Marta, parecida, como una miniatura de niña al retrato de la mujer,

en su frágil y rubia delicadeza y en su belleza minúscula, á la otra Marta que él había querido. Mal que le pesara, y aunque no osase confesárselo, la quería aún con toda su alma, por todas las caricias pasadas, por su debilidad y su encanto de niño mimado, á quien se perdona la inconsciente crueldad. Toda la personalidad de Juan, toda su alma desbordante de involuntaria ternura, se lanzaba tras la Ausente, en un ímpetu que él no podía refrenar, á pesar de las momentáneas rebeliones de su dignidad pisoteada.

Con la niña se arreglaría un retiro en su casita, la Casa de las Rosas. Le cantarían melodías que no necesitaría rebuscar. Para ellos solos, ya eran bastante ricos. Enseñaría á su hija á bastarse á sí misma intelectualmente, á no dejarse engañar con palabras; la enseñaría á amar la Belleza, y á descubrir las fealdades humanas. La pondría en guardia contra las ilusiones engañosas; contra el amor.

Pero todas esas resoluciones (bien se daba él cuenta), no podían convenir á un alma tierna y ardiente; joven su Marta, y parecida á la otra, que él amara, se prendaría de quiméricas ternuras como su madre, como él, como todos; porque, sencilla y exactamente lo había expresado la vieja, en su trivial vulgaridad de palabras: « Todo acaba y todo vuelve á empezar. »

Juan salió, como los días anteriores buscando ambientes tranquilos en que gorjearan los pájaros y cantara el ramaje remecido por la brisa, haciendo el bajo al cadencioso susurro de las hojas, al murmullo del agua, al aleteo de los pájaros asustados, y al chirriar de los insectos entre la hierba.

Sus ojos, libres de recorrer la inmensidad de los horizontes, no podían satisfacerse con las manchas de vivas tonalidades en que se matizaban las lejías : placíanle más las flores, la delicadeza de sus corolas entreabiertas en la primera floración. Quizás no se daba exacta cuenta de lo que pasaba en él, no veía que su alma estaba nuevamente ávida de la vida que repudiaban sus labios, de la vida de la naturaleza, que, apagados los ardores de la demencia, retemplaría las fuerzas de su renovado ser, después del sueño de su alma, sumida en prolongado letargo, con las primeras conmociones.

Por la noche, vuelto á casa, y sentado solo ante la sopera que humeaba hacia el techo difundiendo confortante aroma, sufrió, aún más que los días anteriores, de su soledad, del vacío de la Casa de las Rosas. Pensaba en la niña, la pequeña pareja de la amada, y trataba de imaginarse los cambios sobrevenidos en ella desde un año atrás que no la había visto.

Ella sola con sus risas, su garrulería cristalina y su vivacidad, haría revivir la casa, cuya alma había

huído al mismo tiempo que Marta, la blanca alondra, y con ella.

— Esta noche tiene el señor mejor cara, se aventuró á decir la madre Machel, con su voz temblona de vieja aldeana hecha instintivamente á la servidumbre. Son los aires de Lisé los que le han puesto en tres días tan coloradote, que á no ser el bigote pareciera un niño Jesús.

Dayel, fijando en la buena mujer sus ojos claros y azules, velados de incertidumbre y como por una muselina de tristeza, murmuró :

— Mañana por la noche quizá seamos dos á comer, madre Machel.

— ¡ Ah ! — exclamó ella ; — el señor piensa ir á buscar á...

— Á Martita, mi hija, se apresuró á interrumpir el músico. Me marcharé por la mañana para volver con ella.

— Trae suerte, señor Dayel, tener un niño en la casa.

Dayel bajó y se mezcló á la barahunda de los muelles invadidos á aquella hora por la avalancha de empleados que afluían de las afueras cada mañana, por todas las gentes que cuotidianamente van y vienen por sus negocios ó por sus placeres. Bajo la gran marquesina que tamizaba la luz grisácea del cielo otoñal, atronaban el andén miles de voces, en zumbante conversación, ó llamándose á gritos, taconeo y arrastrar de pisadas, rular de carretillas con equipajes y de trenes, que entraban ó salían resbalando sobre los railes pulidos y relucientes, chillidos que rasgaban el aire, y jadear de locomotoras que lanzaban negras humaredas.

Algo chocado por esta barahunda, de la que estaba hacia mucho tiempo desacostumbrado, paseaba el músico sus miradas, pasado el primer aturdimiento, por la estación de Saint-Lazare, que con tanta frecuencia solía atravesar antes, cuando

ensayos, estrenos ó entrevistas con editores ó compañeros, le llamaban á París.

¡Cuántas veces, anochecido ya, en invierno, había pasado por allí, bajo la azulada luz de los globos eléctricos, llevando del brazo á Marta, graciosa y provocativa, la cabeza encapuchada de encajes que se anudaban sobre el pecho, ó coquetonamente cubierta con un minúsculo sombrero, envuelta en una larga capa de seda que la hacía aparecer aún más grácil, con un encanto de pájaro rubio de ojos de pedrería! Aquellas eran noches en que iban á alguna diversión, al teatro, ó en que también, á veces, no sabiendo cómo pasarla, se arriesgaban en ciertos lugares de placer algo canallesco, dándose la satisfacción de gustar lo prohibido y rebelarse contra las conveniencias sociales.

Juan Dayel marchaba en la oleada de gente heterogénea, alegrada acá y acullá por femeniles notas de lujo ó elegancia, visos de seda, cintas y plumas, suavidades de oscuras pieles en torno á las rosadas caras, animadas por el brillo de los ojos bajo los velos.

Atravesó las grandes salas, entre el ir y venir apresurado de las gentes, y se encontró en la plaza del Havre, deslumbrado y arrastrado á su vez por el exuberante bullicio que le rodeaba y que hacía en su cerebro renacer la vida: él recorbada haber formado parte de aquel ser enorme, monstruoso y

magnífico, París, la inmensa ciudad palpitante.

Aun permaneció un momento ausente de aquella existencia, contemplando la vida del monstruo como espectador desinteresado, observando el movimiento de sus innumerables miembros, como un profano miraría moverse una máquina colosal, cuyo mecanismo acabarían de explicarle, y que cien veces hubiera antes visto funcionar sin entender las causas de aquellos movimientos.

Juan Dayel no osaba volver á meterse entre aquellas gentes que sufrían y hacían sufrir alternativamente, por miedo de ser engranado, á pesar suyo, en el mecanismo, y verse de nuevo agitado entre ambiciones y codicias, odios y tristeza. Temía el contacto con la sociedad de los hombres, después de haber vivido un año entero en el ensueño.

Y, á pesar del horror de ciertos recuerdos que como un eco reproducían en su memoria los primeros tiempos de la demencia, cuando había que domarlo violentamente como una fiera; sintió nostalgia de aquella paz adormecedora y de aquel olvido, sintióse demasiado débil para nuevas luchas temeroso de nuevas esperanzas por los crueles engaños que acarrearían.

Tenía miedo de París, donde es necesario ser fuerte; de París, símbolo de la humanidad que goza y sufre, de la vida. Decididamente se quedaría en

Lisé: el alma de su hija, de la segunda Marta, abriéndose como una flor lozana, alegraría su vida, le arrullaría como una canción.

Otro temor más preciso asaltó á Dayel: tuvo miedo de ser conocido de los pérfidos sueltos que publicaría en tal caso cualquier repórter. No quería volver á ver á sus amigos de antes, mortificado por la admiración que adivinaría en ellos, cuando le vieran libre. Se asustaba de la molestia que le causarían las miradas de los conocidos de antes, de los tiempos de idilio; la burla, aun imaginaria, que creería leer en todas las caras conocidas. La compasión, sobre todo, le sublevaría, aguijonearía su dolor adormecido, evocando imágenes vagas de cosas esfumadas en la bruma del pasado haciéndolas otra vez presentes, renovando su martirio.

El simón bajaba por el bulevar; y desde el fondo del coche, veía Dayel desfilar la actividad matinal á lo largo de las anchas aceras, en cuyos bordes erizaban los árboles su ramaje medio desnudo. Eran las diez, cerca: transeuntes atareados pasaban sobre el asfalto. Tan temprano no afluían los ociosos, como al atardecer; veíanse obreras lindas, palmitos vestidos con cuatro trapos pero revelando en algún detalle el deseo de agradar, espoliques con cartones ó lios de género en un pañuelo negro atado por las cuatro puntas, mozos de cordel doblados bajo pesados cajones, gente de la clase media

aguijando, ocupada. Apenas algún vejete aficionado á la carne fresca, ó algunos desocupados al acecho de placeres fáciles, se veían por allí.

Juan se inquietaba ante toda aquella actividad, y se preguntaba si era posible ausentarse voluntariamente de la vida, aislarse encerrando sus pensamientos en los límites que el espíritu quisiera asignarle. Sin embargo, á medida que el coche se iba internando por barrios populosos, la vida aparecía más laboriosa, más ruda é intensa, en los rostros de los transeuntes, en el aspecto de las casas, parecidas á colmenas humanas, en el mayor movimiento y estrépito, en el ir y venir más atareado.

En la plaza de la Bastilla, las últimas hojas que aún verdeaban en los árboles del bulevar Enrique IV, recordaron á Dayel el paisaje querido de la isla, la vida en su cuartito iluminado por los rubios cabellos de su Marta de otros tiempos. ¡Oh! ¡Aquellos cabellos tan rubios de su adorada! ¡Nunca jamás!

En el arrabal en que entraba, otros recuerdos, los de la casa paterna, allí próxima, le distrajerón. Antiguos episodios de su vida infantil revivían en él, á la vista de ciertos sitios que antes frecuentara: la pastelería donde al salir de la escuela solía comprar golosinas; las exposiciones de muebles tantas veces admirados por sus ojos ávidos de aquel lujo ostentado. Las caras de los tenderos que aparecían

en el umbral de sus establecimientos bajo la muestra de la puerta, eran también las mismas, ó por lo menos muy parecidas, trabajadas por las mismas satisfacciones y los mismos dolores.

Por fin, en la esquina de la calle de Crozatier, en una encrucijada de mucho movimiento, atestada á aquella hora de carretones cargados, en torno á los cuales acudían las criadas, como hormigas que se dividen sus vituallas para llevárselas repartidas, se detuvo el coche.

En la plaza, á lo largo de los edificios estaban aglomeradas multitud de cosas, legumbres, frutas coloradas, blancas, entremezcladas con toda la gama del verde, flores en manojos, ó unas sobre otras; crisantemos de morada ó parda cabellera, carmíneos ó sonrosados, de un matiz de carne, rosas rosadas y blancas, rosas té, y ramitos de violetas.

— ¡Es nuestro sobrino Juan! Buenos días, sobrino; dijo con voz cascada una mujer alta, delgada y huesuda, abriendo la puerta de la vivienda. Era una mujer sin edad determinada, de manos coloradotas y deformadas por las faenas caseras, de cabellos castaños, plateados á trechos y partidos en dos crenchas lisas, sobre la estrecha frente, donde dos arrugas acusaban una voluntad tenaz; asaz grandes los ojos, de un gris compacto, la boca ancha, de labios delgados, recta la nariz é inflada

en la base, pronunciado el mento. Una camisola de lana gris acusaba su pecho, aplanado, y vestía el talle que se cuadraba, desmodelado, sobre largas piernas terminadas por unos zapatos agujereados en los dedos.

— Tienes que dispensar, Juan; estoy ocupada en mis tareas.....

— ¿Y Marta?

— Ahora vuelve, estate tranquilo. ¡Qué bien se ha vuelto á poner desde su enfermedad! Entre esto y las ideas de señorita que ella tiene. ¡Con nosotros ya le hubieran pasado, ya!

— ¿Y el tío Francisco, está bien?

— Trabajando. Lo que es él no tiene tiempo de cantar y tocar un piano, no....

Y repetía la eterna lamentación, contaba la dura vida del pueblo; los paros que se sentían en el estómago... Francisco Dayel era un hombre de bien, ciertamente, y un buen marido. Algunas copas de más los sábados, por causa de los amigos..... Pero ya se encargaba ella de ponerle las peras á cuartó. Era una mujer de fibra, de una honradez rígida, instintiva. No podía admitir el menor extravío porque no comprendía sus atractivos; dura, en su estrecho criterio de ignorante trabajadora y rencorosa, no tenía pelos en la lengua, cantaba sin indulgencia las verdades á cuantos la rodeaban.

Juan recorrió con la vista las dos piezas, pobre-

mente amuebladas, que comunicaban entre sí, la exigua entrada con un oscuro recodo, la cocina en que chirriaba una sartén, junto á la ventana, que se abría sobre un patio estrecho, de donde subían hedores de pringue. Todo meticulosamente limpio, pero desnudo, con esa desnudez de las viviendas en que nada parece personal á sus habitantes. Algunos *bibelots* baratos y flores artificiales en floreros de vidrio de color, añadían á la triste vulgaridad, el aire de la miseria decente.

Sonó clara la campanilla, y Juan, henchido el corazón de súbita alegría, feliz por librarse de las miradas furtivas de su tía, que trataba de curiosear en su rostro las huellas de la pasada locura, corrió á abrir, de un salto.

— ¡Ay! — exclamó la chiquilla con una bellísima risa de alegría — ¡Eres tú! ¡Papá! Me habían dicho que podía ser que no volvieras más..... y después que volvías. Me vas á llevar contigo, ¿verdad? Y me pasearás por los bosques donde están escondidas las hadas. ¿Eh? papaíto.

— Así, así son los niños, refunfuñaba la tía. Se los cuida, se les da de comer meses y meses; y luego no piensan más que en irse, sin dar las gracias.

Marta no la escuchaba; había puesto sobre la mesa los encargos que traía, y, sentada luego en los rodillas de Juan, cogía con las dos manos la

cabeza de su padre, sus ojos en los azules ojos de Dayel, velados por tierna emoción.

— Sí, mi Martita, decía él. Oiremos cantar los pájaros y las hojas. Te adornarás la cabeza con rosas y margaritas, y jugarás conmigo en el jardín.

— Y tú tocarás los grandes dientes blancos y negros y los harás cantar como los pájaros.

— Es bien tuya, esta chiquilla — interrumpió la tía. No quiere oír hablar más que de cosas que divierten.

— Es joven, tía, repuso Dayel. ¡Es tan bueno ser pequeño y amar las cosas bonitas sin conocer otras!

— De todos modos, no son buenas esas ideas.....

Las lentas pisadas del carpintero sonaron en la escalera; Sofia Dayel fué á abrirle antes que llegase á arriba.

Y así que entró:

— ¡Ah, ya tenemos al sobrino! — dijo. Me alegro, muchacho, me alegro de veras de que estés ya bien. No hay que ser así; no vale la pena repudirse la sangre, por animaladas. ¡Estos artistas todos son los mismos, siempre locos!..... ¿Y qué dice la parienta? ¿Cómo está ese almuerzo? Hace hambre, hoy.

En la mesa, la conversación decayó. El carpintero afectaba tratar á Dayel como á un niño poco sensato, y la parienta parecía empeñada en moles-

tarle, con lamentaciones mezquinas, zahiriendo su aristocracia de instinto, más refinada aún en la niña.

Marta llena de alegría, charlaba por los codos, saltando de un asunto á otro, de anécdota en anécdota, como un jilguero de rama en rama. Desde que se callaba la niña, las frases bonachonas de Francisco Dayel y el agrio falsete siempre exasperado de la tía, enervaban al músico, le producían un agudo sufrimiento. La pobreza del cuarto, la vulgaridad de aquellos parientes, sobre todo, que él sentía tan extraños á él, á su hija, tan delicada y sensible, le entristecían el alma.

Juan pensaba que su Martita había debido de llorar muchas veces, á escondidas, afligida por las palabras duras, por las frases groseras cambiadas entre marido y mujer, en las aciagas noches de disputas. Más de una vez se habría visto rechazada con desabrimiento, al querer expresar alguna de las mil cosas que bullían en su cerebro. Su madre y él habían tenido la costumbre, en otro tiempo, de contarle cuentos, que la niña escuchaba con la boca abierta, y resumía luego en pintorescas frases, haciendo preguntas sobre aquello que no comprendía, sobre los héroes y las hadas de que hablaban aquellas historias.

De este maravilloso ideal que ella se forjara, había caído de repente entre dolorosas realidades,

en súbito contacto con las durezas de la vida, con las tristezas de la pobreza; y, como un retrato de marquesita antigua arrojado por el azar en las promiscuidades de una prendería, aquella joven alma quimérica se encontraba extraña, entre seres puramente vegetativos, en quienes no sobrevivía más instinto que el de la vida vulgar.

Distraidamente, después de comer, Dayel escuchó al carpintero llorarle miserias, y arregló las cuentas, la pensión de la niña, sin querer discutir nada, ansioso de acabar de una vez con los regateos. Dióse cuenta de la debilidad de su tío, comprendiendo que no hacía más que repetir la lección que le había enseñado el ama de casa. Todo esto le hacía concebir una gran antipatía por el pueblo, á quien antes amara sinceramente, pero cuya bajeza de alma le sublevaba ahora.

Martita había querido ponerse guapa para ir con su padre, tan bueno y tan cariñoso; y, en elegante *toilette* de niña, partió con él por la escalera, en cuya barandilla se pegaban los dedos, si, por acaso, llegaban á tocarla. Juan se marchó con el corazón oprimido por el espectáculo de aquella casa llena de gritos, que descubría, en su ruindad, la gran inercia, la miserable lasitud del pueblo.

Pero bien pronto, á medida que se alejaba el coche en que Dayel estrechaba contra sí á aquella criatura feliz, las melancólicas impresiones del mú-

sico se disiparon en la alegría; la alegría, largo tiempo olvidada, de no estar ya solo, de oír sonar en sus oídos frases de cariño, de escuchar las dulces palabras de su pequeña enamorada.

— Papá, exclamó ella de repente, ¿verdad que me llevarás allí, un día, cuando sea grande?

Y señalaba á la Ópera, como dormida á aquella hora; el sitio donde, según le habían dicho, dirigía su padre todo un pueblo de músicos, en las noches de baile.

— Más adelante, dijo Dayel. Pero, ¡te va á dar miedo, quizás, todo aquello!

— No, repuso ella vivamente; mientras su padre contemplaba á París, bullente en su fiebre de ambiciones y apetitos, de ideales y desilusiones, de alegrías que eran semilleros de penas, de irremediables desesperaciones; París entregado á la vida.